



LA INSURRECCIÓN POPULAR HAITIANA Y LA NUEVA FRONTERA IMPERIAL



Dossier N°8 del Tricontinental
Septiembre de 2018



Edine Celestin / Kolektif 2 Dimansyon

En 1980, la revista *Tricontinental* publicada por la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL) dedicó su edición No 119 a Haití. En esa ocasión los editores escribían: «Se sabe muy poco de la lucha del pueblo haitiano», ya que los imperialistas han «erigido un muro de silencio alrededor de Haití». No querían que se desarrolle una campaña de solidaridad para defender las luchas del pueblo, en ese entonces contra el régimen dictatorial de los Duvaliers, completamente apoyado por Estados Unidos. «A pesar de ello», señalaban los editores «voces denunciando los asesinatos y la injusticia social en Haití se pueden oír por encima del muro, anunciando la difusión de la lucha del pueblo y pidiendo solidaridad con ella».

Ese muro existe también hoy. La comprensión genuina de las luchas de los pueblos exige una vez más traspasarlo.

Los días 6 y 7 de julio un estado de insurrección general se apropió de todo Haití, en respuesta a la tentativa de aumentar el precio de los combustibles por parte del FMI y el gobierno nacional. La subida de precios fue anunciada durante el partido del Mundial de Fútbol entre Brasil y Bélgica. Es así como el gobierno esperaba evitar el escrutinio público, pero el Primer Ministro, Jack Guy Lafontant, no tuvo suerte. A las pocas horas del final del partido, miles de personas salieron a las calles, bloquearon las carreteras y expresaron su rabia contra almacenes que vendían bienes inalcanzables para las masas populares.

El gobierno apresuradamente canceló la subida de precios, pero las protestas no terminaron. Más cosas estaban en juego. El pueblo hizo demandas mucho más audaces: la renuncia del Primer Ministro, que los arrestados durante las protestas sean liberados sin cargos, aumento del salario mínimo. El Primer Ministro Lafontant, quien era un desconocido hasta que el Presidente de Haití Jovenel Moïse lo puso en esa posición, renunció. A Jovenel le tomó dos semanas nombrar un sustituto: Jean Henry Céant, un hombre odiado por su rol como abogado de ocupaciones de tierras (es conocido como *volè tè* o roba tierras). En las dos semanas sin Primer Ministro, un cordón militar iba desde la oficina del Presidente hasta la oficina del jefe de la Policía Nacional Haitiana, el Director General Michel-Ange Gédéon. Ambos son considerados ilegítimos. El nombramiento de Céant no ha ayudado.

La ilegitimidad del gobierno aparece claramente en el nombre que el pueblo le da a su revuelta: *dechoukaj* o extirpación. Es el mismo término usado en la década de 1980 en las protestas contra el régimen de Jean-Claude Duvalier. La gente quería sacarlo. Ellos quieren extirpar este gobierno también. Estas son demandas muy audaces. Vienen de lo profundo de la historia de Haití, enraizadas en su revolución de 1791-1804, profundizadas en la huelga de 1929 contra la ocupación estadounidense y aún más en las difíciles luchas contra los Duvaliers, y expresadas en nuestros tiempos en la lucha contra la austeridad. El pueblo haitiano se levantó contra las políticas del Fondo Monetario Internacional (FMI) en 1997 y luego dos veces contra alzas de precios de los combustibles (2000 y 2003).

El conflicto, además, actualizó importantes debates de los movimientos populares en relación a la espontaneidad y la organización, las insurrecciones antineoliberales y la construcción de sujetos y alternativas emancipatorias. La dramática situación social haitiana, evidenciada más aún tras las protestas, se enmarca en la actual fase de globalización neoliberal y en las disputas interimperiales en relación a una zona de importancia geoestratégica como lo es el Caribe.

Este dossier No 8 del **Instituto Tricontinental de Investigación Social** (septiembre 2018) hace un recuento de los eventos ocurridos en julio en Haití y reflexiona sobre su significado a largo plazo. El dossier tiene como base los informes de la Brigada de Solidaridad Jean-Jacques Dessalines formada por el Movimiento de Trabajadores Rurales sin Tierra (MST) de Brasil y el Movimiento Popular Patria Grande de Argentina. Agradecemos a la Brigada por la información detallada brindada desde el terreno; así como a Camille Chalmers de la *Plateforme Haïtienne de Plaidoyer pour un Développement Alternatif* ([PAPDA](#)) por sus contribuciones y a la Dra. Yvette Bonny por su trabajo sobre la crisis de salud en Haití.



Edine Celestin / Kolektif 2 Dimansyon

La historia de un “mal ejemplo”

La trata de negros, la esclavitud y la plantación. Y, claro, la Revolución Haitiana de 1791-1804 que hizo saltar el sistema por los aires. Si hablamos de antecedentes históricos de la actual coyuntura haitiana y del estallido social que sacudió al país en julio de este año, es imposible empezar en otro momento o de otra manera. La Revolución Haitiana: la pionera, la impensable, la maldita, la frustrada, la interrumpida, la derrotada, la traicionada. Las etiquetas parten de la necesidad imperiosa de explicar el visible descalabro entre un pasado en el que Haití fue la auténtica vanguardia de la humanidad y el evidente rezago del presente. Resulta tentadora, aunque inútil, la pregunta contrafáctica: ¿qué hubiera sido de Haití si...?

Lo importante es señalar que el triunfo de una revolución que fue simultáneamente antiesclavista, anticolonial, nacional y social (James, 2013), y la edificación de la primera República Negra del mundo, pese a su radicalidad, no logró romper con la dialéctica de la dominación en un mundo ya estructurado definitivamente bajo la lógica del capitalismo mercantil. Algunos analizarán este fenómeno bajo el concepto de “contrarrevolución”, otros preferirán utilizar la idea de “revolución interrumpida” del sociólogo brasileño Florestan Fernandes, mientras habrá quienes que, como Dmitri Pietro Samsónov, se decantarán por conceptos ad hoc como el de “transdominación” para explicar la continuidad de relaciones

de subalternidad internas y externas bajo el nuevo Estado. En palabras de Samsónov (2010), tras la revolución, Haití fue empujado a una “reinserción con estatus desigual en la dinámica del sistema-mundo capitalista del siglo XIX”. Lo cierto es que desde entonces el Haití revolucionario fue tomado como un mal ejemplo por parte de los poderes mundiales, como consta en las fuentes que retratan los años del ciclo de las guerras de independencia en América Latina. El Haití de Jean-Jacques Dessalines, el patriota indiscutido de la nación, los indígenas sublevados en la insurrección andina de Tupac Amaru II y las masas jacobinas encuadradas tras Danton y Robespierre serán la pesadilla de las clases dominantes periféricas y metropolitanas, recelosas ante la visible capacidad de agencia de las clases populares negras, indígenas o campesinas.

Tras la revolución, Haití fue prontamente aislado internacionalmente en formas no menos rotundas que las que afrontará un siglo y medio después la Cuba de Fidel Castro, a través de estrategias concertadas de bloqueo comercial, financiero, militar, político y diplomático. En 1825, durante la presidencia de Boyer, Francia impuso a Haití una cuantiosa indemnización como condición para el reconocimiento de la joven república. La deuda se impuso bajo la amenaza directa de una nueva ocupación militar, con 14 barcos de guerra asomados a la costa de la capital, como nos recuerda Jérôme Duval (2017). Paradójicamente fue Francia, tras explotar gananciosamente durante décadas a la colonia más rica del mundo (“la perla de las Antillas”), la que se volvió acreedora de indemnizaciones que fueron a parar primero a manos de los colonos esclavistas y

después a banqueros que comprarían los derechos de la deuda. Haití pagó hasta el último cobre, con intereses onerosos, hasta 1947, de una deuda valorada hoy en unos 21.800 millones de dólares.

Un nuevo y largo ciclo de invasiones y tutelas se abriría con la ocupación estadounidense de 1915-1934, imperio que desde 1898 consolidó su injerencia decisiva en el Caribe tras el rápido desenlace de la guerra hispano-estadounidense y con las ocupaciones sucesivas de Cuba, Puerto Rico, Haití y República Dominicana (Bosch, 2017). Durante la ocupación de Haití se reformó la Constitución para permitir la propiedad de tierras por parte de extranjeros (prohibida desde los tiempos de Dessalines) y fueron asesinados entre 15 mil y 30 mil haitianos. El gran símbolo de la resistencia organizada en este período fue Charlemagne Peralta, jefe militar de la ciudad de Léogane que al mando de una tropa rebelde, los célebres “cacos”, libró una audaz guerra de guerrillas contra los invasores. Este auténtico Sandino haitiano sería asesinado y crucificado como escarmiento.

A partir de 1950 Estados Unidos apuntaló las dictaduras sucesivas de François Duvalier (“Papa Doc”) y de su hijo Jean-Claude Duvalier (“Baby Doc”) durante más de 30 años, consolidando la inserción dependiente y periférica de Haití en la división internacional del trabajo. La fuerza paramilitar del régimen, los “Tonton Macoutes”, cobró más de 50 mil víctimas en una represión interna amparada en las doctrinas anticomunistas en boga. El fin de la extensa dictadura

coincidirá con el auge del neoliberalismo a nivel mundial, que será aplicado nítidamente en Haití desde 1986 a través de las políticas compulsivas de liberalización comercial, «recomendadas» por el FMI y el Departamento de Estado norteamericano. Por último, una nueva oleada injerencista será coronada con los golpes de estado de 1994 y 2004 a los gobiernos democrático-populares del cura salesiano Jean-Bertrand Aristide, y con la ocupación militar por las fuerzas multilaterales de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (MINUSTAH). Como último hito de ésta apretada síntesis, diremos que el trágico terremoto de enero de 2010 que cobró más de 300 mil vidas, fue aprovechado por el FMI para reforzar la dependencia haitiana, al otorgar en carácter de préstamo unos 114 millones de dólares, cuando lo que la dramática situación humanitaria reclamaba era la solidaridad internacional y no prácticas de usura.

Al repasar la historia del país podemos ver que antes y después de la revolución, la realidad haitiana se ha visto atravesada por diferentes formas de conquista, ocupación y tutelaje. Por eso es preciso restablecer esta dialéctica en el análisis del país, esquivando la tentación de explicar el drama haitiano por fenómenos puramente endógenos, por consideraciones racistas o por caprichos de la naturaleza. En un mundo interconectado desde la triangulación atlántica del siglo XVI entre Europa, África y América Latina y el Caribe (Grüner, 2010), la explicación de las realidades nacionales deberá tener en cuenta necesariamente categorías como las de imperialismo, colonización, neocolonialismo, metrópolis,

periferia y globalización, por mencionar sólo algunas. De los banqueros franceses al FMI, del ejército del General Leclerc a la MINUSTAH, de Napoleón a Bill Clinton, del capital mercantil al capital financiero, de la plantación a las zonas francas, del monocultivo de azúcar a la ruina del arroz, la misma historia de dependencia y las mismas tentativas de liberación y soberanía. Esta clave de interpretación será importante para entender la dinámica y los alcances del conflicto.



Edine Celestin / Kolektif 2 Dimansyon

¿Un estallido previsible?

En su libro “Silenciando el pasado”, el antropólogo haitiano Michel Rolph-Trouillot recoge testimonios del año 1790, pocos meses antes de la insurrección esclava que habría de culminar en la Revolución Haitiana de 1804. Según Trouillot (2017), en ese entonces “el colono francés La Barre le escribió una carta a su mujer, que vivía en la metrópoli, en la que le aseguraba que la vida en el trópico seguía siendo apacible: «Nuestros negros no se mueven (...) Ni siquiera lo piensan. Son muy tranquilos y obedientes. Es imposible que se rebelen». (...) Y más adelante: «Los negros son muy obedientes y siempre lo serán. Dormimos con las puertas y las ventanas abiertas de par en par. La libertad para los negros es una quimera»”. El testimonio resulta elocuente de la cándida ilusión de todos los colonizadores, que esperan la sumisión perpetua de los colonizados y el sostenimiento ad aeternum de las relaciones de dominación. En 1791 como en los días 6 y 7 de julio del 2018, esa ilusión fue destrozada por los acontecimientos. Intentemos sintetizarlos brevemente.

Se trató, en efecto, de una insurrección popular de masas desatada primero en la capital, Puerto Príncipe, extendida pronto a toda la populosa zona metropolitana y luego a casi todas las capitales departamentales del país. Sin embargo, el epicentro del conflicto siempre se mantuvo en torno a Puerto Príncipe y a Pétion-Ville, una localidad colindante.

Las protestas fueron de una enorme radicalidad, colapsando completamente la capital a las pocas horas a causa de las barricadas y los neumáticos incendiados. Incluso llegó a producirse un temporal repliegue a los cuarteles de parte de la Policía Nacional y de otras fuerzas represivas del Estado, que cedieron así el control de la calle a los manifestantes. El repertorio de acciones callejeras combinó la movilización, el bloqueo de rutas y calles, los saqueos a tiendas y supermercados, y la quema de empresas trasnacionales, hoteles de lujo y oficinas gubernamentales. Las protestas arrojaron como saldo unos veinte muertos y un indeterminado número de heridos. En respuesta y acompañamiento a las protestas, un amplio arco de organizaciones sindicales, urbanas y campesinas convocaron a una movilización al Palacio Nacional y a una huelga general para los días 9 y 10 de julio que logró paralizar completamente al país, sobre todo por la participación unánime de los sindicatos del transporte.

El detonante de la situación fue la tentativa por parte del gobierno nacional de aumentar significativamente el precio de los combustibles, con incrementos de entre el 38 y el 51% en gasolinas, diesel y kerosene. El aumento, largamente anunciado, partió de un convenio suscrito en mayo entre el gobierno nacional del presidente Jovenel Moïse y el Fondo Monetario Internacional, por el que la entidad financiera se comprometía a inyectar dólares para paliar la grave crisis fiscal que atraviesa el Estado, absolutamente dependiente de las divisas generadas por la industria textil y del sostenimiento financiero de organismos internacionales y de ONG europeas

y estadounidenses. Días antes de que los Ministerios de Economía y Finanzas y de Comercio e Industria anunciaran el nuevo cuadro tarifario, el Banco Interamericano de Desarrollo había redoblado las presiones ofreciendo 40 mil millones de dólares a cambio de avanzar en las “recomendaciones” del FMI, que incluían no sólo la eliminación de los subsidios a los combustibles y al comercio minorista, sino también la privatización de EDH, la empresa estatal de energía, así como otros puntos típicos del recetario neoliberal. Dada su transversalidad en la economía, el aumento del combustible habría de impactar significativamente en el precio de los alimentos y de los combustibles, además de que el kerosene es utilizado por las clases populares haitianas para iluminar los hogares y para cocinar en un país con un restringido suministro de gas y energía eléctrica.

Si sumamos a este cuadro de situación algunos indicadores socioeconómicos (Santiago, 2013), lograremos entender la magnitud y la radicalidad de las protestas. Haití es el país más pobre de América Latina y uno de los más desiguales del mundo; cuenta con el PIB más bajo de todo el hemisferio occidental; el salario mínimo en las llamadas “zonas francas” ronda los cinco dólares diarios mientras que el 58% de su población sobrevive con menos de dos dólares al día según datos del PNUD; el hambre y la inseguridad alimentaria afectan a casi 6 millones de personas según cifras de la FAO; la inflación ronda el 15% y la moneda nacional (el gourde) se deprecia constantemente frente al dólar estadounidense; buena parte de las infraestructuras nacionales continúan colapsadas desde

el terremoto de enero del 2010; el medio rural atraviesa una grave situación por causa de la ruina inducida de la producción agrícola, lo que induce a los jóvenes haitianos a una diáspora incesante (Rivara, 2018); los servicios sanitarios y educativos, casi totalmente privatizados, resultan inaccesibles para la población más vulnerable; el deficitario Estado haitiano no alcanza a pagar los sueldos de los empleados públicos, entre otros motivos, por el desfaldo de 3.800 millones de dólares arribados al país en el marco del Acuerdo de Cooperación Energética Petrocaribe. Es por este cuadro de situación que más de un millón de personas se movilizaron en Haití. Si el aumento de los combustibles fue el catalizador indudable, de ningún modo podemos reducir a ello el sentido y el alcance de protestas que indujeron a una crisis política aún no resuelta, que produjo la renuncia del Primer Ministro Jack Guy Lafontant y el retiro del presupuesto de Estado previsto para los años 2019-2019. Pese a la suspensión del incremento a las 24hs de su anuncio, fue imposible contener la radicalidad de las fuerzas sociales desatadas en respuesta a una situación de dependencia histórica y miseria estructural.



Edine Celestin / Kolektif 2 Dimansyon

Ensayo de interpretación

Por otra parte, las grandes insurrecciones mencionadas actualizaron los debates sobre el carácter, el alcance y las limitaciones de estas verdaderas revulsiones antineoliberales. Creemos que los sucesos de julio se asemejan mucho a estos fenómenos, que son típicos de sociedades fuertemente golpeadas y desarticuladas por los efectos de las políticas neoliberales. Más que de una fase ascendente de la lucha de clases, o más que ser la expresión de una robusta acumulación ideológica y organizativa, se trata, según nuestra metáfora, de procesos de “rebote” por parte de sociedades arrojadas al fondo de sus posibilidades materiales y humanas. De ahí sus altos niveles de espontaneidad e imprevisibilidad, y las dificultades de encontrar respuestas orgánicas a las crisis por ellas mismas suscitadas. Se trata, en fin, de procesos de alto poder destituyente y relativamente baja productividad constituyente, que sin embargo alteran las relaciones de fuerza y han estado en la base de nuevos procesos de acumulación popular, y también en algunos casos en la consecución de gobiernos progresistas y de izquierda. Ahora bien, la resolución autónoma y heterónoma a las crisis de la hegemonía neoliberal depende de la capacidad de las organizaciones populares para trazar planes de acción coordinados, forjar un bloque histórico y ofrecer una programática. Por lo pronto, la ruptura de la hegemonía dominante puede llevar tanto a su recomposición por arriba como a la construcción de una respuesta contrahegemónica.

Contra las interpretaciones excesivamente optimistas, no hay en Haití una revolución en curso. Contra las excesivamente derrotistas, ninguna insurrección de masas es en vano, y es evidente que las jornadas de julio han fracturado los consensos básicos de un largo ciclo de colonización que data desde la invasión norteamericana de 1915-1934. Si a esto sumamos el hecho de que el FMI anunció que continuará promoviendo en Haití la eliminación del subsidio a los combustibles (aunque esta vez bajo un esquema tarifario gradual), es de esperar que se produzcan nuevos estallidos sociales que debiliten aún más a un gobierno surgido de elecciones viciadas y con una participación electoral del orden del 21%.

Otro elemento de análisis tiene que ver con los altos niveles de espontaneidad de las protestas de julio, lo que explica la rápida y casi espasmódica transformación de la coyuntura política. De la calma al estado de insurrección general en pocas horas, y de vuelta a la desmovilización de las clases populares en escasos días. Aunque esta espontaneidad y la prevalencia de liderazgos hiper-carismáticos hundien sus causas en la historia haitiana, su reconocimiento no implica despreciar el componente organizado de las movilizaciones sino colocarlo en su justa medida. La presencia de organizaciones populares fue más visible en la huelga general que en la insurrección en sí, ya que previsiblemente, por su intensidad y dimensiones, ésta desbordó toda organización y directriz. En ese sentido es de destacar la inteligencia concertada de las protestas que se desarrollaron con más virulencia en la localidad de Pétion-Ville, contigua a la capital, en la que habita la mediana

y alta burguesía, y en la que se emplazan los símbolos del poder internacional: las embajadas y los grandes hoteles. Los episodios aislados de delincuencia en nada empañan el sentido nítidamente político de las movilizaciones, aunque si señalan la desesperación de sectores de la población arrojados al limbo de la supervivencia. Más allá de los debates clásicos sobre espontaneidad y organización sostenidos entre Lenin y Rosa Luxemburgo, queda claro que la primera resulta inevitable y la segunda imprescindible a la hora de alumbrar alternativas a la globalización neoliberal.



Edine Celestin / Kolektif 2 Dimansyon

La nueva frontera imperial

La significación internacional de la insurrección haitiana puede leerse desde dos clivajes. En primer lugar, desde el emplazamiento de Haití en una zona geoestratégica como lo es el Caribe. En el ya citado libro Bosch definió al Caribe como una «frontera imperial», desde que la indiscutida hegemonía española fue puesta en entredicho por otras potencias europeas 130 años después de que Cristóbal Colón pisara tierra americana. Esta frontera imperial, en continuo movimiento, no resulta ajena a las transformaciones globales de las últimas décadas. En palabras de Chalmers (2018): «el Caribe juega un papel fundamental en los procesos de acumulación intermundial, lo que se demuestra explicando que el incremento de la producción industrial en Asia, genera un constante tránsito creciente de mercancías por el Caribe hacia el Atlántico y el Pacífico, produciendo una exportación de flujos de capital que pasan constantemente por el Caribe.» Es decir que el desplazamiento del eje central de la acumulación capitalista global desde los Estados Unidos hacia «Oriente», así como el aumento de la presencia de nuevas potencias que vienen a disputar la frontera imperial (esencialmente China) impactan decididamente en la región. El Caribe no ha sido ajeno al aumento de la inversión extranjera directa asiática, como lo demuestran megaproyectos como la minería impulsada en el Arco del Orinoco en Venezuela, o la tentativa de construir un canal interoceánico en Nicaragua para rivalizar con el

monopolio estadounidense sobre el Canal de Panamá.

Ante esto, la respuesta previsible de los Estados Unidos es y será el refuerzo de la presencia militar de la región. Es en ese marco que deben entenderse las siete intervenciones militares sobre Haití en el último cuarto de siglo y el establecimiento de la MINUSTAH entre 2004 y 2017, hoy parcialmente reconvertida en la Misión de las Naciones Unidas para el Apoyo a la Justicia en Haití (MINUJUSTH) con el retiro de tropas. Dicha misión fue organizada tras la intervención militar de Estados Unidos, Francia y Canadá luego del golpe de estado contra el gobierno popular y democrático de Jean-Bertrand Aristide. Pese a la noble declaración de principios de la MINUSTAH, las organizaciones haitianas han denunciado y comprobado fehacientemente más de 2 mil víctimas de violaciones y abusos sexuales entre mujeres, niños y niñas; bombardeos con helicópteros artillados sobre periferias urbanas de la capital; una violenta represión interna en las movilizaciones del 2008 contra el hambre; y la responsabilidad en la epidemia de cólera que cobró alrededor de 10 mil muertos, cuya cepa habría sido introducida por el contingente nepalí de los cascos azules (Boisrolin, 2018).

En otra línea de análisis, no podemos obviar el paralelismo entre Haití y lo sucedido en otras naciones periféricas que también fueron inducidas a adoptar políticas económicas suicidas para solventar sus respectivas crisis fiscales y para honrar los compromisos en concepto de deuda externa. Es por eso que el accionar de los organismos financieros internacionales como el

FMI, el Banco Mundial o el Banco Interamericano de Desarrollo debe leerse como una acción disciplinaria complementaria a las tentativas militares, tendiente a estrechar los nudos de la dependencia y reforzar los procesos de recolonización. La lista de ejemplos sería muy extensa pero mencionemos por caso el default argentino en 2001, la crisis de la deuda griega en el año 2009, la tentativa de reforma tributaria en Jordania, los planes de austeridad en Túnez, o los recientes aumentos del precio de los combustibles en Guinea y Egipto (Quémar, 2018). En estos países, dichas políticas han generado desde protestas focalizadas hasta insurrecciones populares de masas que en ocasiones han logrado revertir las ofensivas conservadoras y destituir gobiernos sumamente antipopulares. En el caso de Haití, la situación acuciante de la deuda se complementa también con la dependencia comercial con respecto a los Estados Unidos, quién compra el 85% de las exportaciones haitianas (principalmente textiles) (Haiti Economie, 2018). Y es sabido que quién compra, manda.

La acción concertada de las ocupaciones militares, los golpes de Estado y la coacción comercial y financiera ha llevado a Haití a convertirse en un verdadero «Estado impedido», y no en un «Estado fallido» como señalan quiénes parecen obviar las causas exógenas del drama haitiano. Y en tanto el poder no reconoce vacíos, la reducción del Estado al sostenimiento de una casta política y su patrimonio, ha conllevado el reemplazo de las funciones militares y de seguridad interior por las misiones de las Naciones Unidas, y ha puesto las funciones educativas, sanitarias y alimentarias en manos de ONG e iglesias europeas

y norteamericanas. Portella (2015) ha caracterizado muy acertadamente el accionar y las consecuencias de la práctica onegéista, identificando: el desarrollo de una cultura mercantil y dependiente incapaz de promover cambios estructurales; el desperdicio de recursos y la falta de transparencia en la prestación de cuentas; la escasa priorización de la asistencia estructural y la ausencia de planes a largo plazo; la competencia entre la comida gratuita y la producción local que mantiene en la ruina a la agricultura; y la relación directa entre la ausencia de las ONG y la prescindencia estatal.

Volver la mirada

La insurrección de julio, las imágenes de las barricadas y los neumáticos en filigranas, los videos de las multitudes asediando hoteles y enfrentando a las fuerzas de seguridad, recorrieron el mundo. Por un instante Haití, la nación invisible e invisibilizada, irrumpió intempestivamente, derribando cercos mediáticos y saltando por encima de un aislamiento que reconoce muchas causas, entre las que podemos mencionar su condición insular, su especificidad lingüística, su rezago económico y, principalmente, la saña de las potencias occidentales que nunca han dejado de agredirla. Lamentablemente Haití sólo es noticia por sus rebeliones y tragedias. Y sin embargo, pese al

impresionismo de las agencias de prensa y al miserabilismo de los abordajes habituales sobre la cuestión haitiana, ésta podría ser una excelente excusa para volver la mirada y detenerla.

De volver la mirada para descolonizarla, rescatando los aportes históricos, intelectuales, materiales y culturales de Haití, de la negritud y de la afrodescendencia a nuestro propio continente y a la humanidad toda. De volverla hacia el Caribe y Centroamérica, reconociendo su inscripción común en nuestra continentalidad periférica, así como los grandes saltos adelante dados por sus revoluciones pioneras: no solo Haití, sino también Cuba, Nicaragua, Granada y Venezuela. De volverla, por último, hacia las necesarias y urgentes prácticas de solidaridad y fraternidad internacionales que han de poner límite a la globalización neoliberal compulsiva de un mundo cada vez más incierto.



Para buscar más información

Boisrolin, Henry 2018 “La insurrección popular de Haití”. Disponible en <http://www.resumenlatinoamericano.org/2018/08/15/la-insurreccion-popular-de-haiti-entrevista-a-henry-boisrolin/>

Bonny, J.B. 2007 “Liberalización comercial y producción de arroz en Haití”. Disponible en <http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/ht/bjb-arroz.htm>

Bosch, Juan 2017 *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* (Santo Domingo: Ediciones Fundación Juan Bosch).

Chalmers, Camille 2015 “Haití siempre ha sido un mal ejemplo para determinados intereses”. Disponible en: <http://www.nodal.am/2015/06/camille-chalmers-economista-y-activista-haitiano-exclusivo-para-nodal-haiti-siempre-ha-sido-un-mal-ejemplo-para-determinados-intereses/>

Chalmers, Camille 2018 “Los procesos de saqueo nutren el sistema capitalista”. Disponible en: <http://www.cadtm.org/Los-procesos-de-saqueo-nutren-el>

Duval, Jérôme 2017 “Haití: de la colonización francesa a la esclavitud económica de la deuda”. Disponible en <http://www.cadtm.org/Haiti-de-la-colonizacion-francesa>

Grüner, Eduardo 2010 *La oscuridad y las luces* (Buenos Aires: Edhasa).

Haiti économie 2018 “Les principales exportations d’Haïti”. Disponible en: <http://haitieconomie.com/index.php/2018/08/17/les-principales-exportations-dhaiti/>

James, C.R.L. 2013 *Los jacobinos negros* (Buenos Aires: RyR).

Portella, Êmily 2015 “O lado oculto da ajuda humanitária: o caso do Haiti”. Disponible en: <https://acoluna.co/o-lado-oculto-da-ajuda-humanitaria-o-caso-do-haiti/>

Quémar, Claude 2018 “Le FMI met le feu en Haïti, en Guinée, en Égypte...”. Disponible en: <https://haitiliberte.com/le-fmi-met-le-feu-en-haiti-en-guinee-en-egypte/>

Rivara, Lautaro 2018 “De Haïti a República Dominicana: una historia de diásporas, solidaridad y desencuentros”. Disponible en: <http://batalladeideas.org/articulos/de-haiti-a-republica-dominicana-una-historia-de-diasporas-solidaridad-y-desencuentros-por-lautaro-rivara/>

Samsónov, Dmitri Pietro 2010 *Transdominación en Haïti* (1791-1826) (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

Santiago, Adriana (coord.) 2013 *Ayiti pale* (Fortaleza: Expressão Gráfica e Editora).

Trouillot, Michel-Rolph 2017 *Silenciando el pasado* (Granada: Editorial Comares).

Tricontinental: Institute
for Social Research *is an
international, movement-driven
institution focused on stimulating
intellectual debate that serves
people's aspirations.*

Instituto Tricontinental de
Investigación Social *es una
institución promovida por los
movimientos, dedicada a estimular
el debate intelectual al servicio de
las aspiraciones populares.*

the **trico**ntinental.org